

La ausencia de acciones gubernamentales para la disminución del consumo cultural que fomenta violencia, analizada desde la masculinidad

Dr. Héctor Serrano Barquín

Resumen

La emergencia de las llamadas “nuevas masculinidades” plantea expectativas positivas ante la problemática de violencia e inequidad de género en tiempos recientes. Sin embargo, estas expectativas frecuentemente se ven malogradas por el exagerado consumo cultural, particularmente en adolescentes, en el que se continúan fomentando valores relativos a la fuerza, agresividad, insensibilidad, ejercicio del poder y la misma violencia hacia las mujeres como un “valor machista” en los constructos colectivos de la sociedad mexicana.

Esta ponencia pretende evidenciar las paradojas que plantean las masculinidades emergentes, que disminuyen las actitudes tradicionalmente machistas, mientras que por otro lado, los consumos culturales promueven violencia de género a través de la música popular juvenil, los videos musicales, las telenovelas, las revistas de consumo masivo y las crecientes consultas a la *internet*, entre otros medios.

Dentro de los consumos culturales juveniles que han sido examinados en varias investigaciones de los autores, se han analizado los mensajes simbólicos a partir de los cuales se promueve la violencia e intolerancia genérica en docenas de canciones de gran aceptación en el contexto mexicano. También en la historieta para varones se identifican valores discutibles o tradicionales y valores antagónicos o emergentes sobre la masculinidad, tal es el caso de ciertas historietas eróticas en donde se encuentran relaciones de género contradictorias expresadas en estereotipos, roles, patrones de conducta, entre otras, y por el otro lado, la presencia de ciertos elementos positivos en la configuración de identidades masculinas. Cabe aclarar que en el material que se presenta más adelante, se abordan algunos conceptos que resultan relevantes para entender el complejo entramado de las relaciones genéricas en donde no parecen existir avances sólidos ni acciones gubernamentales que atenúen el clima de violencia, tanto en las dependencias que imparten justicia como en los medios.

Palabras clave: masculinidad emergente, violencia, acciones gubernamentales

Introducción

Con severas dificultades avanza la perspectiva de género en países como México, de fuerte tradición androcéntrica, misma que en parte, podría contribuir con la disminución de la violencia en contra de las mujeres, situación constante de agresividad que ha estado históricamente asumida y naturalizada, tanto por hombres como por mujeres. Dicho enfoque suele confundirse con la historia de las mujeres, concepto que tan sólo aporta elementos para una mayor visibilidad de la mujer dentro de todo el espectro del desarrollo humano. El machismo, androcentrismo o actitud patriarcal, no necesariamente sinónimos, son temas álgidos y vigentes en las sociedades latinoamericanas ante la escalada de violencia de género que se vive actualmente.

Así, las masculinidades también se incluyen dentro de los estudios de género y probablemente son los menos desarrollados o analizado, a lo que se adiciona la falta de atención psicológica de delinquentes agresores, por las instancias de impartición de justicia que deberían de brindarla. En el caso mexicano, dicha temática ha sido abordada por numerosos escritores, pensadores y teóricos como Octavio Paz,

Carlos Monsiváis, Rafael Montesinos¹, entre otros tantos. Diversas investigaciones exhaustivas dan cuenta que en México las prácticas de sometimiento de un género a otro datan desde la época prehispánica, y que con la llegada de los españoles, éstas tan sólo se han fusionado y enfatizado (Jiménez, 1984; Montañón y Neria, 1994, citados por Gutiérrez, 2013). Para la legitimación de estos usos y costumbres que someten a la mujer, se hace necesaria una mecánica comunicativa que educa tanto a hombres como mujeres para sostener la dinámica. En tiempos actuales es aún más patente y poderosa la red comunicacional, que a través de diversos medios, crea un ambiente de reiteraciones y, por ende, de normalización de dichas prácticas sociales.

La permisividad de la violencia en los niños varones a partir de sus consumos culturales

Muchas de las conductas hostiles o agresivas que derivan de la educación inicial de los infantes van orientadas hacia la actividad y agresividad de los niños varones, mientras que las niñas han sido educadas mediante condicionamientos que propician ciertos niveles de pasividad o inactividad, mismos que serán rasgos o atributos identitarios que los acompañarán durante toda su vida; este fenómeno no se puede analizar aisladamente de lo femenino ya que se han constituido relacionamente.

Las conductas violentas incorregibles y su naturalización o aceptación generalizada en la sociedad mexicana no siempre se ven justificadas; algunos teóricos incluso las consideran falacias, en tanto suelen ser asumidas como comportamientos “naturales”, tal es el caso de muchos varones que violentan mujeres; en ese sentido, la postura del filósofo Adolfo Sánchez Vázquez contradice la creencia comúnmente aceptada de que “la violencia es fatal e inevitable”,² así como la idea tan extendida de que el hombre es violento por naturaleza, entendido como sociedad en su conjunto. Tales supuestos³ se enmarcan en cualquier disertación sobre la violencia contenida en algunos aspectos formativos de los niños y las niñas, que son arraigados o “anclados” mediante estrictos roles sociales permitidos excluyentes y que promovidos vigorosamente para cada género desde el momento de nacer.

Es innegable que en el imaginario social del mexicano existe implícita la diferencia y confrontación de las identidades de género, que proceden de una larga construcción cultural que establece los códigos mediante los cuales un niño reconoce y aprueba su identidad para rechazar la otra, dentro de un simple sistema binario masculinidad/feminidad. Este proceso sociocultural conduce a una clara confrontación ancestral: lo masculino se opone y rechaza lo femenino y viceversa. En este entendido, las construcciones culturales no admiten, al menos en la niñez, conceptos como la diversidad sexual, por lo que la configuración de la identidad solamente permite las dos posiciones de los géneros: femenino *vs.* masculino y con ello, la deliberada connotación de *versus*, contrario, opuesto al otro (a).

Estas predeterminaciones antagónicas encasillan a los niños y “etiquetan” sus conductas en dos posturas que permanentemente asignan rasgos, símbolos y códigos, a veces imperceptibles, para cada identidad, pero con una innecesaria confrontación: lo fuerte a lo débil, lo activo del varón contra la pasividad femenina, la audacia contra la sumisión. “Durante los años formativos los niños confrontan tales atributos hasta perpetuar el androcentrismo y, como uno de tantos efectos negativos, se valida socialmente la violencia de género, ya física o simbólica, como cualquiera de las formas en que se

¹ Octavio Paz realizó un trabajo reflexivo y descriptivo a diferentes niveles del macho mexicano en su obra *El laberinto de la soledad*. Carlos Monsiváis toca el tema dentro de sus escritos relativos a la cultura popular en México, donde incluso toca el tema de la historieta. Rafael Montesinos es un investigador de la UAM Iztapalapa que centra sus estudios en la masculinidad y en sus actuales problemas.

² Conferencia del Dr. Adolfo Sánchez Vázquez sobre violencia en de marzo de 2005, en la UAEM, Cuernavaca, Morelos. En su disertación la clasificó en: política, urbana, rural, familiar, de género y criminal.

³ En contraparte, biologicistas como María Calvo (2011: 113), afirma que “los niños tienen necesidad de movimiento. Ellos siempre serán indisciplinados e inquietos ya que les impulsa la testosterona y su cerebro les dirige hacia una expresión espacial del estrés y tienden a desahogarse físicamente”, además de que ella sostiene que las personas nacen “con un cerebro sexualizado”.

expresa el dominio del varón y la subsecuente e histórica sumisión de la mujer desde su primera infancia (Zarza, y otros, 2010).

En México, durante la últimas dos décadas se observan crecientes y alarmantes estadísticas sobre violencia en contra de la mujer⁴; en parte ello debe ser ocasionado por la falta de conciencia de sus derechos o porque ha ocurrido dentro de la esfera de la vida privada dominada por el *pater familias*, donde este tipo de violencia se había mantenido básicamente en secrecía, pero es evidente que en cifras absolutas la violencia intrafamiliar, donde niñas y mujeres suelen ser las víctimas⁵, se ha incrementado notablemente en los últimos años. De este modo, la confrontación entre los géneros será, para cada individuo, una permanente identificación y rechazo del género masculino en contra del femenino, donde los citados procesos binarios, que generalmente adolecen de un sentido de complementariedad o diversidad de género, expresan una actitud excluyente e intolerante hacia el otro, particularmente en países machistas, donde la violencia contra las mujeres parece continuar fuera de control.

En este tenor, es concluyente que en el futuro la mayoría de las niñas sólo desearán dedicarse a las tareas y roles semejantes a los que desarrolla su madre o alguna otra mujer emblemática en su vida y que se refuerzan en una multiplicidad de consumos culturales como son los juguetes tipificados como femeninos (inherentes a los roles sociales domésticos o históricos). De igual manera, los niños varones evitarán representar los roles femeninos automáticamente y tratarán de hacer actividades relacionadas con las de su padre, abuelos o tíos; a ello se sumarán signos de masculinidad como una gran actividad permanente que generalmente es desarrollada en ambientes exteriores, así como múltiples demostraciones de fuerza o agresividad, la velocidad, el arrojo, cierta actitud combativa, incluso algunos elementos de violencia que les permitirán distinguirse de las actitudes sumisas y tranquilas de las niñas, situaciones que aún hoy día se evidencian mediante una enorme variedad de códigos culturales y visuales que se aprecian en productos tan cotidianos y aparentemente inofensivos como son los juguetes infantiles, donde pocos son para ambos sexos simultáneamente, es decir “no excluyentes” desde la identidad sexual.

Es indudable que los niños varones, desde bebés, reciben un fuerte condicionamiento hacia la actividad intensa, la aventura, los juegos belicosos, la audacia y todo aquello que remite a la actividad en el espacio público o externo —respecto al hogar—, vistos como los escenarios adecuados para la demostración de fuerza, sentido competitivo, cuando no, de agresividad tolerada o expresada con la alta permisividad, principalmente de los padres. Esto, mientras las niñas han sido permanentemente encausadas hacia la representación de los roles sobre la maternidad y en general, hacia el conjunto de actividades domésticas o roles socialmente “aprobados por las buenas costumbres o conciencias”, es decir, dentro de los espacios privados de cada familia.

Así, el carácter masculino —en la adultez— que se presenta en su actuación en el espacio exterior o público puede ser reducido a *la calle*, que es el de la concreción de un típico espacio abierto: los niños permanentemente han jugado a las canicas, al aro, al trompo o al fútbol en las calles, plazas o jardines públicos, donde han lucido sus bicicletas, armas y patinetas. Cuando mayores, los varones también se han apropiado de *la calle*: la modernidad “durante los siglos XIX y XX, remarcó en los espacios urbanos sus claves de género, masculinizando los usos de las calles y de los espacios públicos, dejando los interiores a las mujeres”,⁶ pero en la afirmación anterior se podría puntualizar, que muchas mujeres aún siguen recluidas dentro de dichos espacios interiores, siempre y cuando no fuesen una persona

⁴ La presidenta de la Comisión de Equidad y Género del Senado mexicano, Blanca Judith Díaz declaró recientemente que “siete de cada diez mujeres en México han sido víctimas de violencia física, económica, patrimonial, sexual o psicológica” (Becerril, 2010).

⁵ Se estima que en México, de enero de 2009 a junio de 2010 se han producido 1,728 feminicidios en 18 estados; según datos del Observatorio Ciudadano Nacional del Feminicidio, publicados en el periódico *La Jornada* (Camacho, 2010).

⁶ Véase Rafael Gutiérrez, Ricardo Melgar y Miguel Morayta, *Morelos, imágenes y miradas 1900 – 1949*, CONACULTA – INAH, Plaza y Valdés, México, 2003, p.34.

pobres, vendedoras ambulantes, o las sirvientas y cocineras que cotidianamente se abastecen de víveres, así como las prostitutas: mujeres de *la calle* reducidas a ser exhibidas a sí mismas dentro de estos espacios urbanos, a manera de escaparates. Ellas compartieron con los varones los “espacios externos masculinos”, especialmente antes de la existencia en México de los prostíbulos formales, incluso elegantes; todo ello durante el periodo finisecular del siglo XIX.

En los resultados de una investigación sobre los infantes lectores del siglo XIX, el especialista Federico Lazarín afirma que la niña prototipo de la escasa población alfabetizada en México sabía leer y escribir cartas en las que se le fomentaba el paradigma de ser “dócil y laboriosa”,⁷ como medio para lograr su felicidad y donde las conductas independientes y rebeldes, por oposición, correspondían ineludiblemente a los niños varones. La misma fuente señala que además de las asignaturas que cursaban ambos sexos en la primaria, las niñas también debían tomar clases de “higiene en sus relaciones con la moral y (además) labores manuales”, así como otras subordinadas al conocimiento de la máquina de coser, es decir, las niñas cursaban adicionalmente y en forma obligatoria, el taller de costura y bordado.⁸ Aunque hoy en día este tipo de contenidos educativos han cambiado, el condicionamiento para que las niñas se capaciten como futuras amas de casa o esposas, todavía persiste dentro de la educación no formal y no se diga dentro de la religiosa, donde cada niña que repite el ritual de la 1ª. Comunión, en realidad confirma su ritual de futura esposa, mediante actitudes y vestimenta casi igual para cada ceremonia.

Durante cientos de generaciones, las niñas han recibido un tanto más el peso de la estructura jerárquica y monolítica que sus condiscípulos varones, dado el establecimiento de esas distinciones sobre la higiene personal y por el tipo de asepsia de la que en la adultez las haría responsables de todos los asuntos relativos a la sanidad al interior de cada hogar. El fomento a los estereotipos de género ha persistido entonces de manera relativamente oculta y parece continuar inalterable en la historia de la humanidad a modo de *ingenuas* consignas, juegos, adivinanzas e inocentes juguetes.

En el marco general de las prescripciones sociales del género, es importante resaltar que aun cuando la creación de la cultura no se reduce a la existencia de una lengua, ésta, sin duda, es parte importante de las producciones culturales. En este sentido, la existencia de “lenguajes”, códigos y modos comunicativos que no se reducen a la lengua hablada o escrita adquieren especial importancia. Estos códigos y modos que se remiten más a prácticas que a discursos sistemáticos y coherentemente organizados, cobran importancia en la familia y se pueden estudiar como productos contingentes de relaciones privadas (Bustos, 2001; Salles, 1992). Por lo tanto, considerando que las fuentes principales de nuestra identidad de género son los preconceptos culturales, los discursos sociales y la experiencia personal, se entiende que desde la infancia, mediante el lenguaje y la materialidad de la cultura (los objetos, las imágenes, entre otros), se promueven imágenes del ser y del deber ser femenino y masculino que se presentan tanto en un nivel simbólico como en diversas acciones concretas y cotidianas.

Asimismo, la división de los roles sexuales se refuerza en los niños y niñas a través de diversos medios que la familia les proporciona, de tal manera que en gran medida, la inequidad de género se trasmite y fomenta desde la propia familia a través del ejemplo mismo de los roles que juegan el padre y la madre, pero también a través de diversas formas de entretenimiento e imágenes, entre muchos otros consumos culturales.

Ahora bien, en lo que se refiere al diseño de juguetes, éstos son fruto de una cultura precisa y una demanda-consumo etario, en cuyo ámbito se pueden hacer opciones aparentemente amplias, pero en realidad bastante limitadas. En este sentido, la diferenciación con base en el sexo es muy evidente ya

⁷ Federico Lazarín Miranda, “Los niños lectores de El mosaico en el último tercio del siglo XIX”, en: Carmen Castañeda García, *et al*, *Lecturas y lectores en la historia de México*, CIESAS – UAEM, El Colegio de Michoacán, 2004, p. 239.

⁸ F. Lazarín (2004, p. 233), afirma que el plan estudios de la primaria contenía ocho asignaturas para ambos sexos, más las otras dos mencionadas.

que la mayor parte de los juguetes en el comercio están fuertemente diferenciados para varones o para mujeres con base en los diversos roles y expectativas sociales y familiares (Gianini, 2001). Por ejemplo, para los niños, la muñeca está prohibida desde la más tierna edad porque mecer o arrullar a los niños no entra en el patrimonio gestual de las manifestaciones afectivas de los varones. En el lado opuesto, se insistirá para que las niñas continúen jugando con las muñecas, puesto que este juego se considera como un verdadero y justo adiestramiento para la futura función de madre. Así pues, no se trata del simple aprendizaje de ciertas habilidades, sino de un verdadero condicionamiento perpetrado con el objetivo de volver automáticas o “naturales” estas obligaciones y en ello radica justamente la importancia de su estudio, pues evidenciar dichos condicionamientos sexuales puede ser el inicio de una eventual ruptura de los códigos sociales de género que hoy día se presentan en los juguetes infantiles como opuestos, confrontados y limitados a una identidad en particular.

De este modo, las enseñanzas, hábitos y consumos como los juguetes —al lado de cuentos, adivinanzas y canciones— han contribuido de forma contundente con la definiciones de dichas identidades construidas de forma binaria, en las que a la niña siempre correspondió la constitución de un ser afectivo, pendiente de “darse” a los *otros*: al hijo como una madre completa, al muñeco de juguete, como una cariñosa niña.⁹ La actividad y velocidad que desplegaron un triciclo, una bicicleta o una patineta, siempre han encajado en el estereotipo de varón, en vez de la atención cuidadosa hacia un muñeco bebé que condicionaba en parte la pasividad de las niñas, al igual que la fortalecían los juegos de té, hornitos de microondas u otros enseres domésticos a escala, para predisponer a estas futuras amitas de casa.

Se reitera que los juguetes que se facilitaban a los niños varones estuvieron primordialmente relacionados con acción y actividades bélicas —finalmente se disponía de gran variedad de espadas, rifles y revólveres, cuanto más en el escenario de las guerras reales— en tanto empleasen iconos fálicos, por lo que se les determina a ser agresivos y fuertes, en oposición a las niñas débiles, bonitas y delicadas. Se ha hablado de las oposiciones binarias de género, entonces podría quedar claro que la mujer ha de ser bella, es decir, asumirse tanto como el “sexo bello y débil” y lucir deliberadamente veleidosa, imprevisible y delicada; tan joven y sutil como una flor, en términos naturalistas.

Las masculinidades emergentes

Cabe señalar que en esta ponencia no se plantea una visión binaria del género, sino que se asume tanto la existencia de masculinidades y feminidades, surgidas ambos grupos de diversas conceptualizaciones temporales y culturales, así como de la diversidad en la identidad sexual que fractura la vieja visión de dos sexos biológicamente, no sólo distintos, sino opuestos.

Regresando al estereotipo del niño varón, se tiene que los atributos de vitalidad, fuerza, espíritu aventurero y los mencionados de intensa actividad y belicosidad estarían, por lo tanto, más cerca de la violencia de género que de la supuesta debilidad de las niñas. Aquí conviene detenerse en la ríspida discusión que plantea la visión de los estudios de género al abordar la masculinidad y sus atributos casi hiperactivos, así como relativamente violentos, como una construcción cultural permanente, o la mencionada postura biologista-naturalista. El ineludible condicionamiento a sus sujeciones al tipo de espacio y a las costumbres limitativas, así como por lo largo de sus vestidos y lo ornamentado de su cabellera, entre cientos de restricciones o signos de sumisión de género adicionales. Éstos han constituido algunos de los centros o puntos corporales de atracción para un niño varón, el que es “naturalmente” inquieto, belicoso o simplemente, curioso, por lo que su actitud frecuentemente se ve incrementada por las pulsiones propias del desarrollo fisiológico en la pubertad y por la constante

⁹ V. Torres Septién, asegura que “La educación de la mujer (debía ser) a través de su parte afectiva. La mujer, no era considerada como un ser racional, sino como un ser afectivo. La educación sólo se valoraba en cuanto que sus efectos fueran para *el otro*”, sólo ángeles preocupados por los demás; véase C. Castañeda, p. 250.

negación para contar con una educación sexual apropiada, en manos de grupos radicales de la ultraderecha contemporánea y antes, por las tradiciones puristas de diversas tendencias ideológicas. Todo esto en conjunto configura una masculinidad que en México promueve más una educación machista y discriminatoria.

Así, los niños desde muy pequeños, han sabido identificarse con aquellos congéneres que observan sus mismos hábitos, conductas y actitudes que le resulten “propias”, o mejor dicho, *construidas* a favor de su estereotipo, e igualmente varoniles, en tanto se excluyen de las *otras* por una operación que los distingue, opone y muchas veces, confronta la vigorosa masculinidad con la feminidad subvalorada como frágil. La aritmética de las identidades de género son simples: el niño debe sumarse a quienes presentan rasgos y comportamientos similares, para restarse, es decir, excluirse socialmente de los que son seres binariamente opuestos.

Considerando que la sexualidad es uno de los principales medios para probar la masculinidad; la sensualidad, la sensibilidad y la ternura terminan por ser consideradas como atributos “femeninos” y por tanto, deben ser evitadas por los machos, cuyos atributos en plena confrontación, se expresan principalmente en distintas manifestaciones como pueden ser, la violencia simbólica física, psicológica, económica, entre otras formas y escenarios donde tiene lugar el ejercicio del poder y el dominio patriarcal.

En términos de la expresión de la sexualidad machista, incluso el uso de preservativos con fines de salud, se tienen diversas experiencias sumamente desagradables sobre la negativa de muchos varones para usarlos, el siguiente testimonio de una mujer devastada por el engaño de su esposo y su actitud frente a las prácticas de sexo seguro, es un ejemplo claro de estos tipos de violencia no física. “... jamás imaginé que me fuera a dar (el VIH), porque yo no andaba con otras personas” (Aguilar, 2012), pero cuando ella empezó a exigirle a su esposo el uso de condón, él siempre le respondía “ese sólo lo utilizan las putas” y si ella era una puta, pues él no querría nada con una prostituta. Esta situación refleja que aún siendo el marido seropositivo le impusiera a su esposa estas dos limitantes; una, que la privara de sexo, y la otra, que evitara perversamente el uso del preservativo, aunado a la innecesaria violencia verbal.

Ante la creciente presencia de la mujer en el espacio público —que anteriormente era de la exclusividad de los varones— y en el mercado laboral se provoca un inmediato cambio en el espacio privado. Las amas de casa son ahora estudiantes o trabajadoras. El nuevo rol de la mujer repercute en la estructura de la familia nuclear y por ende los valores culturales se van transformando. Este movimiento, al cabo del tiempo, se convierte en detonador de los cambios en la identidad masculina. Las tendencias en feminismos contemporáneos generan erosiones en las estructuras psicológicas que otorgan al hombre su estabilidad emocional, “de la estructura simbólica que permite la reproducción de la imagen masculina como una entidad determinante en la relaciones sociales, basadas en una hegemonía de poder”. (Montesinos, 2002, pp. 104-107), poder que se ve afectado y se atenta con diversas incursiones al espacio público, anteriormente de la exclusividad masculina.

En años muy recientes, uno de los factores que influyen en la creciente crisis de la masculinidad, es el éxito de algunas mujeres en el trabajo y la profesión a la que se dedican y que pueden ser consideradas como invasivas al tradicional predominio masculino y gradualmente socaban el concepto ancestral de “ser hombre” y por tanto, proveedor de la familia, ya que “la autoestima de los varones se apoya primariamente en los logros y éxitos obtenidos en la vida laboral y económica” (Corsi en Montesinos, 2001, p. 93). El trance o cuestionamiento actual sobre la masculinidad hoy en día presenta muchas aristas y entre otras, se refleja en la aguda observación que la experta en educación, María Calvo (2011, p. 299), hace al respecto cuando dice que “los varones sufren una fortísima crisis de identidad en una sociedad que les hace creer que lo masculino pertenece al pasado, que ahora es el tiempo de las mujeres (y sólo de las mujeres). Necesitan reencontrarse a sí mismos y saber qué significa realmente ser un hombre para ubicarse”. No se debe perder de vista que este señalamiento es un tanto reivindicador de

posturas a favor de la masculinidad y contrasta con posturas que culpan al hombre y sólo a él, de la violencia de género que se sufre en el país, cuando es sabido que constructo que se desarrollado a los siglos dentro del imaginario colectivo de los y las mexicanas, se ha edificado con múltiples factores, agentes, omisiones que han determinado para sociedad las formas y desequilibrios de su concepto de predominio masculino.

En cuanto a los estereotipos identificados dentro de los números discriminados, en su mayor parte pertenecen a masculinidades inclinadas a la tradicional Asimismo, la masculinidad debe ser reafirmada y exaltada constantemente, aun desde las primeras fases de la infancia. Estos atributos, prejuicios y construcciones culturales contribuyen con la configuración del estereotipo de masculinidad en la que se desea reflejar el niño varón, misma que es:

Una masculinidad que necesita constantemente autoafirmarse y reforzar su sensación de superioridad ante la amenaza de ‘caer’ en prácticas entendidas como poco masculinas, es una virilidad que está constantemente bajo sospecha y que para mantenerla viva necesita de la violencia, de la fuerza y de la agresividad, para justificar y sustentar su dominación. La asociación entre masculinidad y violencia es especialmente significativa. De hecho, la violencia ha sido parte estructuradora de la masculinidad.¹⁰

La anteriormente referida exclusión hacia la identidad sexual opuesta, ha propiciado otro tipo de violencia que es la correspondiente a la estigmatización de los niños y jóvenes homosexuales o simplemente “amanerados”, que han sido lapidados —entre otras expresiones, mediante el bulling en escuela o en lugares de socialización de los niños— por manifestar, aunque sea en apariencia, una identidad sexual *feminizada* o simplemente distinta a la del varón; la que, conviene aclarar, no es un asunto de identidad que se pretenda analizar en esta ponencia, es decir, en la constante distinción que se le exige al varón para ejercer y expresar su masculinidad de modo contundente, obliga en consecuencia a que ante su mirada, la mujer y el homosexual deberán ser inferiores y débiles *per se*.

En diversos consumos culturas como canciones, los referidos juguetes e historietas, entre otros, se observa un incipiente *empoderamiento* de la mujer al tener acceso a una de las principales fuentes de poder, *el dinero*, mismo que era relacionado tradicionalmente al hombre en su papel de proveedor. De tal modo que los personajes femeninos en estas publicaciones se desempeñan como diseñadoras exitosas, ejecutivas, empresarias y demás puestos que eran exclusivos por el sector masculino. La ya innegable y progresiva participación femenina en el mercado de trabajo, como señala Simone de Beauvoir, le ha concedido la posibilidad de alcanzar su autonomía como individuo (en Montesinos, 2005, p. 35), así como el acceso a la propia erotización y búsqueda afectiva de pareja. De igual forma su incursión en la educación superior ha propiciado la superación de la *división sexual del trabajo*. Así es como se da paso entonces a una *crisis de la masculinidad*, que:

“[...] obedece a la erosión de un modelo de masculinidad que la *tradicción* proyecta como dominante, y una masculinidad en ciernes, donde la tendencia en cuanto a rasgos de la identidad se diluyen[...]”(Montesinos, 1995, 1998, 1999, 2000, 2002, 2004).

A partir de estos cambios el mismo autor continua y amplía esta la idea al afirmar que: “Se trata, entonces, de generar un cambio social que libere indistintamente a hombres y mujeres de la asignación de roles sociales que imponen el dominio de un género sobre el otro.” (2002, p.112) Es a partir de estos aspectos por los cuales se centra un cambio cultural en la interacción entre géneros. La presencia

¹⁰ José M. Cortés citado por Juan V. Aliaga (2004, p. 113), quien afirma que la expresión de la masculinidad es un fenómeno y “actuación” permanentes.

femenina en estos sectores sociales representa para muchos hombres *tradicionales* una amenaza del autocontrol. Y es el control lo que para estas masculinidades define su sexualidad. De tal suerte que “toda amenaza de estar fuera de control desafía la esencia misma de lo que es ser hombre” (Clare, 2002, en Montesinos, 2005, p. 36).

En términos de las nuevas expresiones masculinas, se entiende que dada la interacción constante de la tradición con la posmodernidad —al igual que la verdad absoluta, ya no existe una única masculinidad—, se presentan también rasgos en los varones que pertenecen a alguna de estas tendencias actuales. Así como la mujer se ha emancipado y reclamado su libertad y participación social, provocando nuevas maneras de expresión femenina, como consecuencia lógica, los varones se han visto obligados a replantear sus conductas ante la sociedad, por lo cual se pueden apreciar distintas maneras de “ser hombre” o bien como portadores de diferentes masculinidades.

Por su parte, la especialista en educación María Calvo, también refiere el momento actual como crisis de la masculinidad al afirmar que “los varones sufren una fortísima crisis de identidad en una sociedad que les hace creer que lo masculino pertenece al pasado, que ahora es el tiempo de las mujeres (y solo de las mujeres). Necesitan reencontrarse a sí mismo y saber qué significa realmente ser un hombre para ubicarse en el lugar que les corresponde” (Calvo, 2011, p. 229).

Aunado a esto, Montesinos coloca al movimiento feminista como uno de carácter contracultural, ya que abrió la posibilidad de conocer las primeras tipologías de la masculinidad, como aquellas que exaltan al machismo dada la importancia del abuso que el dominio masculino ejerció sobre la mujer. Este estereotipo del hombre macho, supone la aceptación del colectivo como referente para ejercer el papel coercitivo de la cultura. Toda expresión, tanto femenina como masculina, que se alejan de lo culturalmente establecido es reprimida mediante la estigmatización (2007). En este sentido, la tradición con la cooperación del feminismo hereda tres tipologías: El mandilón, El rey Benévolo y el macho.

Con respecto a las causas que origina la infidelidad, se ha encontrado que para los hombres las motivaciones principales son en primera instancia, las relaciones sexuales, las aventuras de un día o una noche y después proceden a involucrarse afectivamente. Mientras que las mujeres encuentran como primera motivación el vínculo afectivo, entonces, pasan al acto sexual, ya que encuentran que el sexo y las emociones se encuentran estrechamente ligadas. Es así que los hombres prefieren una aventura sexual pasajera, mientras que el engaño femenino suele exigir algo más que el acto sexual, de ahí que la infidelidad femenina ocurra con conocidos o amigos. (Riso, 2003)

En este sentido los hombres consideran a la infidelidad como una necesidad de autoafirmarse y el intercambio coital es meramente de carácter instrumental (Gutiérrez Lozano en Montesinos, 2007). Y en las mujeres está asociada con sentimientos de soledad y de insatisfacción marital (Master y Jonson; Williamson; Bell; Turner y Rosen, citado en Bonilla, 1993). La distintos roles de género marcan la diferencia de origen de la infidelidad entre hombres y mujeres. Según Hunt (1974), la mujer es por “naturaleza” —o mejor dicho por su tipo de educación— más afectiva y busca ese afecto en los vínculos establecidos, mientras que el hombre como da y acepta menos compromiso, necesita cambiar frecuentemente de pareja; esto como determinismo darwiniano en cuanto a la selección natural y predominio del individuo más fuerte y dominante, que insemna masivamente a las hembras del “harén”.

Ante este entorno, —que generalmente provoca otra severa injusticia para la mujer— la infidelidad puede proporcionar al varón que la ejerce diversos momentos placenteros, entre ellos: La satisfacción emocional, personal y sexual, sensaciones frescas, vibrantes y experiencias de placer —incluida la secreción de adrenalina—, difíciles de sostener en una relación de larga duración y enmarcada dentro de un entorno de celos, reclamos y diversas expresiones de violencia intrafamiliar. Este es pues otro de los “atributos” masculinos en cuestionamiento y donde la masculinidad emergente parece ofrecer un trato más igualitario.

En los mismos términos, se debe evitar la tradicional configuración de oposiciones radicales dentro de la constitución de las identidades sexuales de los niños. Sus aspectos formativos e informativos también deben ser canalizados hacia la tolerancia y la equidad hacia *el* o *la otra*, como requerimiento inicial de pertenencia a una colectividad en equilibrio social. De lo anterior, es posible concluir que mientras no se promuevan cambios estructurales en la educación formal e informal, así como en los consumos culturales sexistas, persistirá la dominación masculina junto a su secuela inevitable: la violencia en contra de las mujeres.

Bibliografía

Gutiérrez Sánchez, Omar, 2013,

Jiménez, E. 1984, *La mujer delincuente*, UNAM: México.

Montesinos, R. 2002a, “La construcción de la identidad masculina en la juventud”. en Chihu Amparán, Aquiles, 2002, *Sociología de la identidad*, UAM Iztapalapa: México, D.F.

Montesinos, R. 2002b, *Las rutas de la masculinidad: Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*, Gedisa Editores: Barcelona, España.

Montaño, E. E. & Neria, L. A., 1994, *Actitud hacia la infidelidad en parejas casadas*. Tesis de Licenciatura. Facultad de Psicología. UNAM.